





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *A Woman of War*

© 2018, Mandy Robotham. Publicado originalmente en inglés por HarperCollins Publishers Ltd.

© 2024, de la traducción por Raúl Rubiales Muñoz de León

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-76-7

Código IBIC: FA

DL: B 16.880-2023

Composición:

Endoradisseny

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en marzo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Mandy Robotham

# La enfermera de Hitler

Traducción de Raúl Rubiales



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

*A mis chicos: Simon, Harry y Finn.  
Y a todas las madres y comadronas del mundo*

## Nota de la autora

A las comadronas nos encanta hablar, analizar y diseccionar; durante las conversaciones posteriores a un parto, en la sala de descanso, es cuando comentamos la belleza de un nacimiento y los pequeños dilemas: ¿cómo transmitirles a las mujeres la intensidad de lo que se pueden encontrar durante el parto? ¿Es adecuado que les describamos en detalle, antes de que llegue el día, la moneda de doble cara de agonía y éxtasis que es dar a luz?

Eso me llevó a pensar en los problemas morales más importantes a los que nos podemos enfrentar, momentos en los que las comadronas puede que no queramos implicarnos en cuerpo y alma en la seguridad de la madre y del bebé. ¿Y por quién o dónde harían eso?

Para mí solo había una respuesta: un niño cuya genética afectase a aquellos que habían padecido enormemente a manos de su padre: Adolf Hitler. Combinando una historia fascinante de tiempos de guerra y mi pasión por los partos, concebí la idea. Con personajes reales como Hitler y Eva Braun –que siguen incitando emociones fuertes después de casi ocho décadas–, puse a prueba mis límites morales. Y aun así, afirmo que todas las mujeres, en el momento de dar a luz, son iguales: princesa o indigente, ángel o demonio; en un parto normal todas tenemos que buscar en lo más profundo de nosotras mismas. Un nacimiento elimina cualquier tipo de prejuicio. Eva, durante su parto, es una de esas mujeres, así que el bebé también llega al mundo libre de cualquier mancha moral: una criatura inocente y completamente pura.

Aunque he usado hechos reales y escenarios documentados, esta es mi versión de un instante de la historia. Ha habido especulaciones de que el Führer y su prometida tuvieron un hijo, pero *La*

*enfermera de Hitler* es una obra de ficción, y mi mente pregunta:  
¿y si...?

Anke también es ficticia, si bien es una personificación de lo que veo en muchas comadronas: un corazón enorme, pero con dudas y miedos. En otras palabras, una persona normal y corriente.

# 1

## Irena

*Alemania, enero de 1944*

Durante unos instantes, el barracón estuvo tan callado como siempre a primera hora, un silencio roto solo por el sonido de algunos ronquidos femeninos. La vigilante de la noche caminaba lentamente arriba y abajo de las hileras de literas con su bastón, atenta a cualquier rata que quisiera tomar como presa las piernas inertes de las mujeres y preparada para azotar a esos voraces roedores. Unas nubecillas de aliento humano se elevaban de los catres superiores cuando entraban en contacto con el aire helado y tranquilo; era extraño no oír a las mujeres toser por turnos, una sinfonía de costillas atormentadas por feroces infecciones de sus lastimosos pulmones, como si otro ataque pudiera abrirles el pecho en dos. Cada treinta segundos, la oscuridad daba paso a destellos de luz blanca cuando el reflector hacía su barrido incesante por los agujeros de las endeble planchas, el único lugar al que podíamos considerar nuestro hogar.

Me encontraba dormitando en la entrada del barracón, a sabiendas de que Irena justo empezaba el proceso. Un grito repentino proveniente de su litera cerca de la estufa rompió el silencio; una contracción feroz hizo que se hiciera un ovillo y su sueño perturbado se interrumpiera, soltando por entre sus dientes rotos:

–Anke, Anke –decía a gritos–. No, no, no... Hazlo parar.

Su angustia no era causada por debilidad –Irena ya había pasado por eso dos veces antes en tiempos de paz–, sino por el inevitable resultado del proceso de dar a luz. Un nacimiento. Su bebé llegaría al mundo, y para Irena esa era su peor pesadilla. Mientras había estado dentro, dando alguna que otra patadita, mostrando señales

de que no había agotado los jugos vitales de su madre y de que todavía quería más, había albergado esperanza. En el exterior, esa esperanza mermaba con rapidez.

Recogí los trapos y el papel que habíamos estado acumulando y llegué enseguida a su lado con un cubo de agua, extraída con cuidado del pozo antes del toque de queda. Irena estaba agitada, sumida en un tipo de delirio que normalmente se veía en los casos de tifus. Balbuceaba una y otra vez por entre sus labios reseco el nombre de su marido, que probablemente ya hacía mucho que había muerto en otro campo, mientras golpeaba el fino colchón de paja, haciendo que los listones de madera de debajo crujieran.

–Irena, Irena.

Susurré su nombre repetidamente, intentando buscar sus ojos, que se abrían y cerraban sin cesar. A diferencia de las mujeres de los hospitales de Berlín, en el campo las madres a menudo parecían seres de otro mundo cuando daban a luz y se evadían a otro sitio, a un palacio mental. Me imaginaba que era una manera de eludir la realidad de que estaban trayendo a sus bebés a este mundo cruel lleno de horrores, creando un nido perfecto en sus sueños cuando la vida real era incapaz de proveérselo.

Como ocurre generalmente en los terceros partos, este no se demoró demasiado. Tras espaciarse durante varias horas, las contracciones se sucedieron una tras otra, escalando con rapidez. Rosa no tardó en llegar a mi lado, despierta también de su duermevela. Alimentó el fuego moribundo y puso algo de agua a hervir, mientras otra mujer traía una lámpara de aceite que guardábamos para esas circunstancias. Eso era todo cuanto teníamos, más allá de la fe en la Madre Naturaleza.

Las contracciones eran violentas, y rompió aguas en un momento particularmente intenso –una cantidad exigua y patética–, pero Irena se estaba resistiendo. En cualquier otro escenario, el cuerpo se habría visto forzado a empujar, una expulsión natural abrumadora e implacable. Las mujeres primerizas a menudo se preocupan por si sabrán cuándo ha llegado el momento de empujar, y nosotras como comadronas solo podemos calmarlas: «Lo sabrás, es como

un poder interior sin igual, una ola traída por la marea que debes surcar en vez de esquivar». Irena, sin embargo, se aferraba a su bebé con todas sus fuerzas. Bajo la sábana se veía un reguero de sangre mocosa. Era señal de que el cuerpo estaba listo, más que preparado para soltarlo. Solo la voluntad férrea de la madre mantenía las puertas cerradas.

Al final, tras algunas contracciones fuertes, el útero de Irena ganó la batalla; después de un delatador gruñido primario y con la ayuda de la luz de la lámpara, vi que el bebé estaba de camino. Su cabeza todavía no era visible, pero sí una forma distintiva detrás de la piel fina y casi traslúcida del perineo, que completaban su anatomía. Agitó la cabeza con angustia, jadeando y murmurando:

–No, todavía no, bebé. Quédate a salvo.

Mientras tanto, dirigía las manos temblorosas hacia su apertura en un intento desesperado de convencer al bebé de que retrocediera. Rosa estaba al lado de la cabeza de Irena, susurrándole palabras de consuelo, dándole de beber sorbos del agua más limpia que habíamos podido encontrar, y yo seguía abajo con la lámpara.

Ajeno a su futuro, el bebé estaba decidido a nacer. En la siguiente contracción, un pelo negro brotó por entre los labios vaginales tensos de Irena, y la insté: «Respira, respira, respira», con la esperanza de ralentizar el proceso y evitar un desgarró en la piel para el que no teníamos ni equipamiento ni medios para coser; otra herida abierta que sería objetivo de las ratas y las ladillas.

Asumiendo lo inevitable, Irena cedió, y la cabeza de su bebé se deslizó de entre los confines de su madre, abriéndose camino en el mundo.

Durante unos segundos, como en tantos partos a los que he asistido, el tiempo se detuvo. La cabeza del bebé estaba apoyada en el trapo más limpio que teníamos, con los hombros y el cuerpo todavía en el interior de Irena. Esta dejó caer la cabeza perlada de sudor sobre Rosa, convulsionada por los sollozos de alivio y tristeza, y solo un ápice de júbilo.

El barracón estaba en silencio; la mayoría de las mujeres se había despertado, y se podían ver de dos a tres cabezas por litera mien-

tras la curiosidad triunfaba por encima del deseo de dormir. Con todo, solo echaron una ojeada para respetar la poca privacidad que tenía Irena.

El bebé había salido de un solo empujón y en ese momento me miraba directamente. Vi cómo sus ojos se abrían y cerraban como los de una muñeca de porcelana y que fruncía la boca en un mohín parecido a un pez, como estuviera respirando. Pasaron diez segundos, pero no nos teníamos que preocupar: el cordón umbilical que le daba sustento le proporcionaba oxígeno filtrado de Irena, mucho más puro que el aire viciado que nos rodeaba.

–Está bien, todo va bien, tu bebé estará aquí pronto –susurré.

Pero sabía que nada haría que Irena sintiera otra cosa que no fuera un miedo inminente o tristeza.

Se gestó otra contracción, y movió las nalgas para hacer sitio mientras la cabeza del bebé daba media vuelta hacia un lado, permitiendo que todo el ancho de los hombros pudiera pasar, y el hijo de Irena salió, bañado de solo un poco más de agua mezclada con sangre. Era una cosa esmirriada y penosa con una cabeza demasiado grande para unas piernas y brazos raquíticos, y unos testículos protuberantes. Irena lo había gestado lo mejor que había podido con una dieta pobre que apenas contenía proteína o grasas, y ese era el resultado. Cogí el segundo mejor trapo y limpié los fluidos, estimulando su cuerpo flácido, que no emitió sonido alguno, y una pequeña parte de mí pensó: «Desaparece ahora, niño, ahórrate el sufrimiento».

Pero seguí frotando su piel delicada, insuflándole vida, como parte de nuestro instinto humano de preservarla.

Inmediatamente, Irena volvió a este mundo, aterrorizada.

–¿Está bien? ¿Por qué no llora?

–Solo está un poco aturdido, Irena, dale algo de tiempo –respondí sintiendo cómo mi propia adrenalina se disparaba mientras musitaba para mis adentros: «Vamos, bebé, respira, hazlo por ella, vamos» y soplaba sobre los rasgos sorprendidos de la criatura. «Venga, pequeño, vamos, danos un llanto».

Tras frotarlo con un poco más de fuerza, tosió, cogió aire y pareció

observar a su alrededor con unos ojos incluso más abiertos. Se lo pasé de inmediato a Irena y lo coloqué contra su piel. El esfuerzo del parto la había convertido en la superficie más caliente de la habitación y el pequeño empezó a murmurar, más que emitir un saludable gimoteo. Con todo, cualquier sonido significaba que estaba respirando, que había vida.

Por primera vez en meses, los rasgos de Irena adoptaron una completa satisfacción.

—Hola, amor mío —lo arrulló—. Vaya guapetón estás hecho. Qué espabilado eres.

Después de dos niñas, era su primer hijo varón, que había sido el deseo de su marido. Lo que todas las presentes estábamos pensando, pero que nadie diría en voz alta, era que era muy poco probable que pudiera llegar a verlos crecer y presenciar en qué se convertirían, en qué tipo de personas. Pero ningún alma le estallaría esa burbuja temporal.

Sin mediar palabra, Rosa y yo nos dedicamos a nuestras tareas asignadas. Ella se quedó con Irena y el bebé, arrojándolo con cualquier tela que pudiésemos encontrar, y yo vigilé la apertura de Irena mientras la sangre empapaba el trapo. Era algo normal, de momento. Pero desde que había empezado mi aprendizaje, las placentas me daban más respeto que los bebés. El puro agotamiento físico podía hacer que el cuerpo se cerrara y se limitara a negarse a expulsar la placenta. Se me empezó a perlar la frente de sudor y las gotas me caían por la nuca. Perder a una madre y a su bebé a esas alturas haría parecer que la Madre Naturaleza no tenía alma en realidad.

Al fin se manifestó, como había hecho una y otra vez, una constante en esa humanidad horrible y cambiante. Los rasgos de Irena, todavía embebidos en las hormonas del amor más auténtico, se retorcieron de dolor mientras tenía otra contracción. Tras dos empujones más, la placenta cayó sobre los trapos, pequeña y pálida. El bebé le había arrebatado cada migaja de grasa a ese motor de embarazo y no quedaba más que un harapo estrujado con su cordón umbilical fibroso adherido. Las mujeres alemanas bien

nutridas formaban cordones umbilicales gruesos y jugosos que se enrollaban en espiral en un tejido rojo sangre, bien alimentadas durante los nueve meses. Solo había visto cordones delgados desde que llegué al campo.

Una vez que comprobé que la placenta se había desprendido por completo –cualquier cosa que quedara en el interior podía ocasionar una infección mortal–, abrimos la puerta del barracón y la lanzamos fuera, lejos de la entrada. Se oyó una riña feroz cuando varias de las ratas, algunas casi del tamaño de un gato, pelearon para ser las primeras en salir de sus agujeros situados en el lateral del barracón con el fin de obtener el mejor pedazo de carne fresca. Unos meses atrás, habían tenido lugar discusiones entre las mujeres por alimentar a las ratas de ese modo, puesto que lo único que conseguirían era que se hicieran más grandes, pero esas criaturas eran insaciables en su empeño por conseguir comida. Si no tenían nada, entonces se fijaban en nosotras y mordisqueaban la piel de las mujeres que estaban demasiado enfermas como para moverse, demasiado faltas de vida como para darse cuenta. Si esas criaturas estaban distraídas, o saciadas, al menos nos podíamos tomar un respiro y dejaban de merodear un tiempo. Odiaba esa plaga, pero, a la vez, podía admirar su instinto de supervivencia. Roedor o humano, todos nos limitábamos a intentar sobrevivir.

Rosa y yo limpiamos a Irena con lo que pudimos encontrar mientras ellas disfrutaba de tener a su bebé piel con piel. Tampoco teníamos ropa con que vestirlo, de todos modos. El bebé se alimentó voraz de su pecho apergaminado, sus pequeños mofletes mamando con fuerza en una carne que estaba prácticamente seca. La liberación de hormonas le causó más calambres en su cansada barriga, pero se podía ver que Irena casi disfrutaba de la succión en su cuerpo. Rosa preparó algo de té de ortiga con las hojas que habíamos reservado, y el rostro de Irena estuvo iluminado por el júbilo durante una hora más o menos. Pero mientras la oscuridad se desvanecía y la luz del sol empezaba a lamer las rendijas de las paredes, la atmósfera del barracón se tornó inquieta. El tiempo que le quedaba a Irena y a su bebé era limitado.

Algunas de las mujeres se acercaron a ella y un leve murmullo se elevó mientras se reunían alrededor de su cama, transformándose en una canción de bienvenida para el bebé. En el mundo real, le habrían llevado regalos, comida o flores. Aquí, no tenían nada que darle, excepto el amor escondido en un rincón protegido de sus corazones, algún tipo de esperanza que en ocasiones dejaban palpar; había muchas que ya habían perdido a sus hijos, los habían separado y sentían todos los tipos de dolor posibles por el olor de las cabecitas húmedas de sus bebés, de sus hermanos, sobrinas o sobrinos. Todas formaban parte de la añoranza. Una mujer ofreció una bendición, en ausencia de un rabino, y aceptaron al bebé como uno de los suyos. Su madre lo llamó Jonas, como su padre, y sonrió mientras el pequeño se convertía en parte de la historia, reconocido.

Rosa y yo nos sentamos en una esquina, yo como la única mujer no judía del barracón, impregnándome del precioso sonido. Tenía un oído en alerta para cuando el campo se despertara y los guardias gritaran órdenes, para el constante paso arrastrado de sus botas sobre el terreno duro y helado del exterior. Solo era cuestión de tiempo antes de que entraran en nuestro dominio. Esconder al bebé no serviría de nada. Ya lo habíamos intentado antes; los gritos y los gimoteos de hambre de un recién nacido eran imposibles de amortiguar. Aquella vez, había resultado en la pérdida tanto de la madre como del bebé de la manera más fría y cruel.

Si podíamos salvar al menos a uno de los dos, no sería en balde. Irena tenía otros hijos a los que tal vez podía volver a ver. Era poco probable, pero siempre una posibilidad.

Al final, Irena disfrutó de casi tres horas de valioso contacto con su recién nacido. A las siete, la puerta se abrió de golpe y entraron los guardias seguidos de un viento feroz para pasar lista. Habían excluido ese barracón del recuento en el exterior solo porque muchas de las mujeres no se podían separar de la cama y los guardias se irritaban peligrosamente si se caían mientras esperaban largo rato. Le había solicitado al comandante del campo hacer el recuento

dentro y lo había logrado; una concesión extraña y sorprendente por su parte.

La primera guardia que entró fue la que se percató de la nueva llegada. Yo estaba muy segura de que esa en concreto había trabajado en hospitales antes de la guerra, probablemente como comadrona; me echó una mirada cargada de recelo, con un surco mugriento en su frente ancha, que aparecía sobre todo cuando estaba con las mujeres judías, como si no pudiera contemplar siquiera el hecho de tocarlas. Sin embargo, no tenía ningún escrúpulo en emplear su porra, una técnica que había perfeccionado golpeando los maltrechos cuerpos para provocar el máximo dolor posible. Además de eso, tenía una segunda especialidad que era, si cabe, todavía más siniestra.

Fue el olfato de esa guardia la que captó el aroma metálico de la sangre del nacimiento, y no el de la segunda guardia sombría que la seguía.

–Has tenido a otro, ¿no?

Me adelanté unos pasos, como siempre hacía. La conversación se había convertido en un juego que estaba segura de que iba a perder, pero eso nunca me impedía intentarlo.

–Solo hace una hora que ha nacido el bebé –mentí–. No hace nada. Solo un poco más de tiempo. No interferirá con el recuento.

La guardia escaneó de arriba abajo el barracón; había casi sesenta pares de ojos posados en ella, y la mirada usualmente apagada de Irena brillaba como nunca la había visto antes. Durante un segundo, fue como si la guardia estuviera pensando en conceder un pequeño indulto. Acto seguido, resopló y gruñó.

–Ya conoces las normas. Yo no las hago. Es la hora. –La justificación para el noventa por ciento de las humillaciones en el campo era la misma: no es culpa nuestra, solo nos limitamos a seguir órdenes. El otro diez por ciento era solo puro divertimento.

Fue entonces cuando Irena salió de repente de su ensimismamiento maternal. Se aferró al bebé en el pecho desnudo, salió de la cama de un salto y retrocedió hacia la esquina cerca de la estufa dejando un reguero de sangre tras de sí.

–No, no, por favor –gritó–. Puedo hacer lo que sea. Haré lo que sea, lo que queráis.

El semblante impertérrito de la guardia le dio a entender a Irena que la opción de suplicarle no le serviría de nada, así que desvió la atención hacia sí misma.

–Llebadme a mí en su lugar. Ahora mismo, pero dejad al bebé. –Irena dirigió su voz frenética hacia mí–. ¿Anke? Puedes cuidar del bebé, ¿verdad? ¿Si yo no estoy?

Asentí con la cabeza, pero en realidad no podía hacerlo; las pocas mujeres no judías a las que les permitían quedarse con sus bebés ya tenían poca leche para sus propios recién nacidos, mucho menos para permitir que otro les arañara el pecho. Los bebés padecían de desnutrición en cuestión de semanas, y ver a uno que superara el mes de vida era algo inusual. Ni siquiera tenía que molestarme en preguntarlo; ninguna de esas súplicas desesperadas había surtido efecto jamás. Todas contuvimos la respiración por Irena, una escena que habíamos presenciado demasiadas veces, pero que nunca dejaba de ser completamente surreal. Una madre que tenía que suplicar por la vida de su bebé.

La guardia suspiró, con un aburrimiento aparente. El siguiente paso era inevitable, pero todas las madres, si no estaban inmóviles o en un estado casi inconsciente, hacían la misma súplica ingenua. Era el reflejo de una madre: rendir la propia vida para salvar una nueva.

–Vamos, va –dijo la guardia mientras se acercaba a Irena–. No lo hagas más difícil. No me obligues a hacerte daño.

Hizo ademán de agarrar los trapos, e Irena se apretó más contra la esquina. Los repentinos aullidos del bebé casi enmascararon los ruidos que hizo el cuerpo de Irena al romperse, y la guardia salió de la refriega con el trapo y las pequeñas piernecitas y bracitos envueltos holgadamente. Se giró con los ojos entrecerrados para ir a conjunto con la línea fina de sus labios. Sus pesadas botas retumbaron mientras se dirigía hacia la puerta, y nosotras nos juntamos de inmediato alrededor de Irena, como para formar un escudo de protección; si salía corriendo para perseguir a la guardia, lo más

probable era que le dispararan los francotiradores de los puestos de vigilancia. Se abalanzó como la más feroz de las madres osas desde las sombras, enseñando los dientes rotos en un tornado de desesperación, pero la contuvimos con nuestra red humana. Los gritos altos y estridentes habrían llenado el aire de fuera, y me imaginé el campo deteniéndose durante un segundo, a sabiendas de que el protocolo mortífero estaba a punto de tener lugar.

Al instante, las mujeres empezaron a entonar una canción, un lamento cuyo volumen se elevaba rápidamente mientras el grupo se mecía al unísono con Irena en el centro como una protección alrededor de su sufrimiento. Su propósito era consolarla, pero también tenía otro objetivo: enmascarar el sonido del bebé golpeando el agua del barril, tan espeluznante como un disparo si alguna vez habías oído uno. Rosa me miró a los ojos, asintió y salió por la puerta de inmediato, con la esperanza de recuperar el mísero cuerpecillo después de que la guardia lo hubiera tirado, a tiempo de evitar que las ratas y los perros de los guardias pudieran hacerse con él. Una placenta era una cosa, pero un cuerpo humano, una persona..., eso era algo impensable.

Tras unos segundos, los chillidos de Irena se fueron apagando y fueron reemplazados por un sollozo grave que le salía de lo más profundo del corazón, un lamento constante que no se podía describir con palabras. Solo había oído ese sonido durante los veranos que había pasado en la granja de mi tío en Baviera, cuando se llevaban al mercado a los terneros recién nacidos. Despojadas de sus crías, las madres emitían un lamento constante durante todo el día y hasta bien entrada la noche, buscando a ciegas a sus pequeños. Yo solía tumbarme en la cama tapándome las orejas con las manos, desesperada por bloquear esos tormentosos mugidos. Cuando me hice mayor, siempre le preguntaba al tío Dieter cuándo era la época de llevar a los terneros al mercado y organizaba mis visitas para evitarlo.

Me despejé la mente lo mejor que pude y me mantuve ocupada atendiendo a algunas de las otras mujeres enfermas del barracón,

cambiando unos cuantos vendajes exigüos, dándoles agua y limitándome a sujetarlas mientras tosían sin control. En esos momentos, daba las gracias a mi aprendizaje automatizado de enfermera, en el que hacer tareas de poca importancia requería pensar poco. No quería meditar demasiado ni procesar lo que había pasado aquella mañana ni en otras tantas.

Salí dos veces, una para tomar algo de aire –el frío me animó un poco– y otra para visitar otro barracón para no judías, donde dos mujeres habían dado a luz recientemente. Poco podía hacer por ellas en el posparto, puesto que no tenía ni equipamiento ni medicinas, pero al menos las podía tranquilizar diciéndoles que la pérdida de sangre era normal y que sus cuerpos se estaban recuperando. Las mujeres más fuertes de su barracón trajinaban de aquí para allá mientras intentaban en vano animar a que sus pechos produjeran leche.

Mi clasificación en el campo como «política alemana», con una estrella roja en vez de amarilla cosida a mi brazaletes, me permitía moverme con libertad por los barracones como enfermera y comadrona, ya que me ofrecía –al menos en los tiempos de paz– a atender a cualquier mujer, sin tener en cuenta su cultura o credo. La mayoría de las mujeres a las que cuidaba ya llegaban embarazadas, o por algún motivo manifestaban un embarazo una vez encarceladas. Eso les sucedía sobre todo a las mujeres judías, aunque nunca llamaban a ningún guardia para pedirle explicaciones. La violación simplemente no existía en el vocabulario del campo. Parecía irónico que una buena cuota de los bebés nacidos fueran medio arios y, aun así, los sacrificaran por el bien de la raza dominante.

De vuelta al Barracón 23, al que de manera extraoficial tanto los guardias como los inquilinos llamaban «el barracón de maternidad», Irena se quedó en su catre al lado del fuego mortecino durante varias horas, en todo momento acompañada por una de las mujeres que había cantado en el círculo. Comprobé que su sangrado no fuera excesivo, y abrió los ojos un instante. Estaban hinchados, con unas bolsas oscuras bajo sus pupilas dilatadas,

despellejados y faltos de vida por completo. Me agarró la mano mientras la retiraba de su barriga.

–Anke, ¿para qué ha servido? –me preguntó. Sus pupilas negras perforaban las mías, y se desplomó hacia atrás con sollozos de una aflicción sin lágrimas.

Estaba demasiado confundida como para responder porque no sabía a qué se refería. ¿Para qué había servido el qué? ¿El embarazo, los bebés, esa vida... o la vida en general? Sencillamente, no había respuesta.

## 2

# Salida

Solo con oír esas palabras me puse a temblar visiblemente:

–El comandante quiere verte.

Tenía los ojos desorbitados en medio de la tristeza del barracón, y todo movimiento se detuvo. No había más sonido que el aliento rancio del miedo, que se elevaba por encima del hedor de los seres humanos como si fueran animales: orina y excrementos, flujos femeninos y la reminiscencia del olor de dar a luz. Tenía las manos empapadas de pus, y el soldado las miró con una repugnancia manifiesta. Fui en busca de un trapo que no estuviera ya empapado y me entretuve un momento en las sombras.

–¡Espabila! –me dijo–. No lo hagas esperar.

En ese punto, mi pensamiento estaba claro: «Voy a morir de todos modos, así que no voy a apresurar el momento». A nadie lo llamaban ante el comandante para una agradable charla vespertina.

Irónicamente, fue el viento gélido que me azotaba a través de los agujeros de la falda el que me permitió no temblar. Los músculos que quedaban en mi cuerpo se tensaron para mantener todo el calor posible. A lo largo del patio árido, más ojos se fijaron en mí, miradas que esbozaban mi destino mientras yo me esforzaba por mantener el ritmo del paso de oca del soldado.

«Ah, nos acordamos de Anke –dirían tiempo después en sus fríos y húmedos barracones–. Recuerdo el día que el comandante la llamó. No la volvimos a ver». Con suerte, tal vez formaría parte de uno de esos muchos recuerdos, una historia que contar.

El guardia me guio a través de los matorrales que envolvían las casetas hasta la puerta de la casa principal y me azuzó con brusquedad:

–¡Venga, venga!

Nunca había visto la puerta de la casa, y me detuve para maravillarme ante las intrincadas decoraciones talladas que la decoraban con formas de ángeles y ninfas, sin duda alguna obra de Ira, el tallador de madera y mampostero que había muerto de neumonía el invierno anterior. Se podía apreciar el orgullo que desprendía su trabajo, incluso en las puertas del enemigo, aunque atisbé una pequeña gárgola emparedada entre dos rosas, una clara imagen de la maldad de los nazis. Esa pequeña porción de sublevación me insufló un ápice de coraje mientras subía los escalones hacia la puerta.

Dentro, las mejillas me ardieron por el calor repentino, y de mi labio superior brotaron pequeñas gotas de sudor que retiré con la lengua, disfrutando de su salinidad. En el amplio salón revestido de madera, un fuego crepitaba en una chimenea, con un montón de leña apilada al lado que podría haber salvado a una docena de los bebés que había visto perecer durante los últimos meses. No estaba ni sorprendida ni conmocionada, y me odié por esa falta de emoción. Nos habíamos acostumbrado a limitar los sentimientos a aquellos que podían conseguir algo; la rabia era malgastar energía, pero la irritación agudizaba el ingenio y la predisposición, y salvaba vidas.

El soldado observó mis miembros esqueléticos y me bramó que esperara al lado del fuego, y me lo tomé como una pequeña muestra de humanidad. Me puse de espaldas a él y dejé que el calor atravesara mi vestido raído y me quemara el trasero huesudo; rápidamente noté cómo me chamuscaba la piel y casi disfruté del dolor. El soldado llamó con fuerza a una puerta de madera oscura, se oyó una voz que provenía de dentro y me hizo señas para que abandonara mi sitio al lado del fuego y cruzara la puerta.

Estaba de espaldas a mí, su cabello rubio platino; un ario de manual. El soldado entrechocó los tacones como un bailarín y la cabeza se giró en la silla mostrando al hombre nazi ideal: pómulos marcados, firmes y saludables, una dieta rica que le coloreaba de un tono rosado la piel, como los flamencos de tono pastel que

recordaba haber visto en el zoo de Berlín con mi padre. Los tonos de piel en el resto del campo se comprendían en variaciones de una escala de grises.

Revolvió algunos papeles y se quedó mirando mis pies. Una vergüenza repentina que me hizo subir los colores me invadió por los visibles agujeros que tenía en las botas, y luego una rápida furia dirigida a mí misma por permitirme experimentar esa culpa. Él y los suyos habían diseñado esos agujeros y las dolorosas ronchas de mis curtidas plantas de los pies. Levantó la mirada, ignorando el desastre que había entre mis pies y mi cabeza.

–Fräulein Hoff –empezó a decir–, ¿se encuentra bien?

Por la manera como lo dijo podíamos estar tomando el té tan cómodos, un comentario anodino dirigido a una soltera o una chica bonita. La irritación volvió a envolverme, y fui incapaz de producir una respuesta. Él había devuelto la atención a sus papeles inconscientemente, y fue el silencio lo que hizo que volviera a levantar la vista.

Pensé: «No tengo nada que perder».

–Ya puede ver lo bien que estoy –dije con voz monótona.

Era extraño, pero no vi signos de rabia ante mi disidencia, y me di cuenta entonces de que el comandante estaba obligado a hacer esa tarea, un deber desagradable pero necesario.

–Mmm –murmuró–. ¿Haces de comadrona en el campo? ¿Ayudas a las mujeres, a todas las mujeres?

Me miró con un profundo desprecio. Observó mis tonos morenos, que unían de manera natural el mundo alemán y el judío.

–Así es –respondí, con un deje de orgullo.

–¿Y trabajabas en los hospitales de Berlín antes de la guerra?  
¿Como comadrona?

–Sí.

–Tienes muy buena reputación, según se dice –comentó mientras leía algo en los papeles que tenía delante–. Estabas a cargo de la sala de partos, y te ascendieron al rango de enfermera.

–Correcto. –Me empezaba a aburrir un poco su falta de emoción; incluso la rabia estaba ausente.

–Mis empleados dicen que no has perdido ni a un solo bebé que estuviera bajo tus cuidados durante el tiempo que llevas aquí.

–Al menos no al nacer –respondí, esa vez desafiante–. Antes y después es lo habitual.

–Sí, bueno... –Pasó por alto el tema de la muerte como si rechazara con un movimiento de la mano un ofrecimiento de más té o vino–. ¿Y tu familia?

Ahí fue donde el orgullo y la terquedad me abandonaron, cayendo al nivel de mis botas agujereadas. Un nudo de dolor se me aferró a la garganta, y me lo tragué como si fueran brasas ardientes.

–Tengo una madre, un padre, una hermana y un hermano que posiblemente estén en los campos –conseguí decir–. Tal vez estén muertos.

–Bueno, tengo algunas noticias sobre ellos –me contó en un tono entrecortado y desprovisto de emoción–. Por lo que sé, vienes de una buena familia alemana, aunque como ya sabes tu padre no es partidario de la guerra, ni tampoco tu hermano. Por supuesto, están bajo nuestro cuidado, y vivos. También conocen su situación.

Sus ojos se clavaron en los míos durante un instante para comprobar mi reacción. Cuando no obtuvo ninguna, volvió a desviar la mirada.

–Quiero que sepas esto por la propuesta que estoy a punto de hacerte.

Su tono sugería que me estaba ofreciendo un préstamo bancario, más que mi propia vida. En ese momento, sopesé si ese hombre abrazaba a su madre cuando se veían, si la besaba sintiéndolo de verdad o si habría sollozado en su regazo como un bebé. ¿O ya había nacido siendo un cabrón despiadado? Medité si la guerra lo había transformado en lo que era, en ese ser vacío con uniforme. Me estaba divirtiendo mucho. Mis huesos al fin se calentaban gracias a la chimenea, que crepitaba con furia. Tal vez moriría caliente, y no con la sangre azul helada renqueando por mis venas. Sangraría abundantemente por todo su bonito suelo pulido, y como mucho le causaría algo de pena, sería solo un mero inconveniente. Tenía la esperanza de que sus botas patinaran y se deslizaran por encima

de mi efluvio escarlata, dejándole una mancha impregnada en el cuero que estuviera siempre presente.

–¿Fräulein? –No fue la urgencia de su voz la que me sacó de mis cábalas, sino un disparo en el patio, una grieta que se abría en la quietud de su despacho. Uno de los varios que se oían cada día. Ni siquiera se inmutó–. Fräulein, ¿me has oído?

–Sí.

–Te ha llamado la más alta autoridad, ni más ni menos que los altos cargos del Führer. –Esperaba que le siguiera una pequeña fanfarria por cómo había cubierto la frase de devoción–. Precisan de tus servicios.

No dije nada, insegura de cómo reaccionar.

–Saldrás dentro de una hora –me informó a modo de despedida.

–¿Y si no quiero ir? –Las palabras me habían abandonado los labios antes de que me pudiera dar cuenta, como si las hubiera formulado una persona que no era yo.

Su enfado era visible, probablemente por no poder dispararme allí mismo a sangre fría. Como había hecho tantas veces antes, o eso nos contaba su reputación. La mera mención del gabinete del Führer significaba que no iba a morir allí, al menos no ese día si accedía a ir. El comandante apretó la mandíbula, sus pómulos rígidos como un rostro pétreo y sus ojos grises como el acero.

–Entonces, no puedo garantizar la seguridad de tu familia o la solución de los problemas actuales.

Ya estaba decidido. Atendería a las mujeres nazis y ayudaría a dar a luz a cambio de evitarle la muerte a mi propia familia. No había nada que leer entre líneas, todos sabíamos dónde estábamos.

–¿Y las mujeres de aquí? –pregunté ignorando su despedida–. ¿Quién las atenderá?

–Se las apañarán –dijo con el rostro en los papeles–. Una hora, Fräulein. Te recomiendo que estés preparada.

Mi cuerpo era de nuevo inmune al frío viento mientras me acompañaban de vuelta al Barracón 23. Extrañamente, no sentía nada, ni siquiera el alivio por haber salido de la casa principal con vida.

Sin embargo, mi mente no paraba de dar vueltas a las cosas que tenía que legarle a Rosa, que contaba con solo dieciocho años, pero hasta la fecha había sido mi ayudante más competente. Rosa había estado conmigo en casi todos los nacimientos del campo de los últimos nueve meses, reconfortando cuando era necesario, cogiendo las manos, limpiando restos y secando lágrimas cuando arrancaban a los bebés de sus madres, como ocurría a menudo.

Ningún bebé judío pasaba más de veinticuatro horas después de nacer al lado de su madre. A las no judías les permitían a veces cuidar de sus bebés hasta que la inevitable desnutrición o la hipotermia se los llevaba, pero al menos esas madres podían tener un desenlace. Las judías se aferraban solo a un espacio vacío, sus sollozos rítmicos se unían al viento que aullaba mientras se colaba en el barracón. Solo a una madre judía y a su bebé los habían sacado a hurtadillas del campo durante la noche, bajo las órdenes de un oficial de alto rango, sospechamos. Estábamos divididas sobre si su destino era bueno o malo.

En el barracón, las mujeres me dieron la bienvenida aliviadas primero y apenadas después por mi marcha. No tenía ninguna posesión que empaquetar, así que esa preciada hora la pasé haciéndole a Rosa un resumen atolondrado de las revisiones que se tenían que hacer y dónde estaba escondido nuestro escaso alijo de suministros. Durante sesenta minutos que fueron demasiado breves, hice todo cuanto pude para pasarle la experiencia que había adquirido durante nueve años como comadrona: cuándo se atascaban los hombros, compresas sobre los desgarros vaginales, si el bebé venía de culo en vez de cara, qué hacer para evitar que una mujer muriera por una hemorragia y placentas que no se desprendían. No podía pensar ni hablar lo suficientemente rápido como para no dejarme nada. Por suerte, Rosa aprendía con suma rapidez. Había visto numerosos partos sin incidentes, y también habíamos presenciado casos poco habituales. Le agarré con las manos la cara, cuya piel reseca se extendía alrededor de sus grandes ojos marrones.

—Cuando consigas salir de aquí, tienes que prometerme una cosa —le dije—. Sigue tu aprendizaje, conviértete en comadrona,

al menos sé testigo del lado bueno que tienen las madres y los bebés juntos. Tienes un don natural, Rosa. Supera esto y búscate tu propio camino.

Ella asintió en silencio. Sus pupilas estaban empañadas en lágrimas. Yo sabía que eran sinceras porque ninguna de nosotras malgastaba un escaso fluido a menos que proviniera de lo más profundo de nuestro corazón. Era la mejor despedida que me podía haber dado.

Un golpe en la maltrecha puerta señaló que la hora había llegado, y no tuve tiempo de volver a mi propio barracón. De todos modos, estaría vacío. Graunia y Kirsten, las personas que me sustentaban, estaban asignadas al departamento de trabajo. Sin tiempo para poder ir a buscarlas, le encargué a Rosa que les transmitiera mi amor y mi despedida. Abracé a varias de las mujeres mientras me dirigía a la salida, con los ojos bajos para disimular mi propia angustia. Iba a salir, pero ¿acaso eso era bueno? Me dirigía a un destino potencialmente peor que la fealdad del campo. No podía empezar ni a imaginarme hasta qué punto podría llegar a tener que saquear mi propia alma.

Un coche grande de color negro me estaba esperando, de esos en los que solo viajaban los oficiales nazis, con un conductor y un sargento joven para acompañarme. El sargento estaba sentado, con cara de póker, en el otro extremo del asiento trasero. Su repugnancia ante mi hedor físico y moral era más que palpable, como la alemana sin lealtad a la patria que era. A regañadientes, empujó una manta en mi dirección. Me arrebujé en la franela suave, arrullada por el lujo de sentir lana real contra mi piel y la vibración del motor. Cerré los ojos y caí en un sueño profundo, aunque inquieto.



*Berlín, agosto de 1939*

Nos llamaron una a una, sacadas de nuestras tareas en el barracón de maternidad, al despacho de la enfermera supervisora. Ella se quedó de pie, impasible, mientras un hombre vestido con un traje negro estaba sentado detrás de su escritorio, al parecer muy cómodo. Cuando llegó mi turno, debió de haber leído la misma instrucción las suficientes veces como para saberla de memoria, y apenas miró al papel que tenía delante.

–Enfermera Hoff –empezó a decir con voz monótona–, ya sabe cuánto valora y aprecia el Reich su profesión como guarda de nuestra futura población.

Mantuve la mirada firme al frente.

–Por ese motivo dependemos tanto de usted y de sus colegas para ayudarnos a mantener el objetivo que tenemos, de pureza para la nación alemana.

Me habían obligado a escuchar hasta el final tantas peroratas sobre la pureza racial que sabía exactamente a qué se refería, por más que las palabras encubrieran lo obvio. Las Leyes de Núremberg habían establecido hacía varios años que el matrimonio era ilegal entre los judíos y los arios, y habíamos visto un declive real de recién nacidos «mixtos» en el hospital. Ahora que los judíos estaban excluidos de las prestaciones sociales, ya apenas teníamos contacto con madres judías, a menos que fueran ricas y valientes.

El hombre siguió hablando.

–Enfermera, estoy aquí para compartir con usted información sobre una nueva directiva que formará parte de su labor diaria, con efecto inmediato. Le exigimos que nos informe, a través de

sus superiores, de todos los niños que nazcan, o con los que tenga contacto, en los que se pueda sospechar de alguna discapacidad de cualquier tipo.

En ese momento bajó la vista hacia su lista.

–Estas condiciones incluyen: imbecilidad, mongolismo, hidrocefalia, microcefalia, malformación de los miembros –cogió aire, aburrido–, parálisis o condición espástica, ceguera o sordera. Por supuesto, esta lista no es exhaustiva y nos sirve solo como guía. Confiamos en su conocimiento y discreción.

Acabó el discurso, y me miró directamente a los ojos. Seguí con la vista fija en algún lugar entre su temple y la línea del pelo engominado, mientras sus ojos me escrutaban el rostro. Esperaba con todas mis fuerzas que no me pidiera que aceptara explícitamente tales términos.

–¿Entiende que es una directiva y no una petición, enfermera? –me preguntó.

–Sí. –Al menos podía ser sincera con eso.

–En ese caso, confío en su profesionalidad para que trabaje por una Alemania más esplendorosa. El mismísimo Führer reconoce su papel vital en esta tarea y garantiza su... protección frente a la ley. –Puso énfasis en las últimas palabras a propósito, y luego continuó a la ligera–: Sin embargo, entendemos que es un desgaste de su tiempo y conocimiento, y habrá un pago como gratitud de dos marcos imperiales por cada caso que se reporte, que abonará el hospital.

Sonrió diligentemente ante la generosidad de tal proposición, así como para comunicarme que habíamos terminado.

Quería gritar por dentro y clavarle mis uñas demasiado cortas en lo profundo de sus ojillos, colocados entre demasiada carne, que se había vuelto más rosada y corpulenta gracias a las numerosas visitas al bar, sentado junto a sus amigos nazis, empujando el codo a base de cerveza y riéndose de esa «asquerosa chusma judía». Quería hacerle daño por asumir que todos éramos tan sucios y asquerosos, tan inhumanos, como en lo que él se había convertido. Pero no dije ni hice nada, como mi padre me había recomendado. «Anke,

se puede desafiar de muchas maneras –fue su consejo–. Engaña de una manera inteligente».

El nazi revolvió sus papeles y vi por el rabillo del ojo cómo se movía la falda de la matrona. Sabía lo que debía de estar pensando. «Tranquila, Anke, y, sobre todo, no digas nada», estaría deseando transmitirme.

–Gracias, enfermera Hoff –dijo sin demora, y me guio de inmediato a la salida.

Volví a la sala de maternidad; durante mi breve ausencia, el cuarto parto de una mujer había progresado rápidamente y en menos de una hora ya estaba acunando entre los brazos a su nuevo bebé, contando los deditos de las manos y los pies, e ignorando por completo que el eficiente Reich sacrificaría sin pensarlo a su preciosa hija si alguno de esos dedos estuviera fuera de lugar. Nadie nos había mencionado qué pasaría después de que nosotras, como ciudadanas diligentes, informáramos de alguna discapacidad, pero hacía falta ser muy corto de miras para no imaginarlo. No me cabía ninguna duda de que no era para construir y proveer a esos «desafortunados» de unas instalaciones excelentes donde cuidarlos. Pero ¿adivinar su destino? De verdad que no quería indagar demasiado en mi imaginación. El número creciente de soldados de las SA de Hitler por las calles y su descarada violencia contra los judíos nos mostraban que ya se había rebasado cualquier tipo de barrera. Era muy simple: para el Reich, no había límites. Nadie –hombre, mujer o niño– estaba a salvo.

Habían hablado con todas las comadronas, enfermeras y doctores, creando una extraña conspiración de silencio. La gente era amable con los demás –demasiado amable–, como si ya estuviéramos deshaciéndonos de los disidentes, de aquellos de entre nosotros que no estaban entregados a la causa. La sala de partos seguía igual, pero cada nacimiento traía una nueva pregunta. Si antes había sido: «¿Niño o niña?» o «¿Cuánto pesa?», de pronto era: «¿Está todo bien?». Jugábamos a la ruleta rusa con un número desconocido de recámaras en el tambor, y nadie quería ser el primero.

Me vino al pensamiento un nacimiento al que había asistido ha-

cía unos años, en casa de una pareja eslovaca. El parto había sido inusualmente largo para un segundo bebé y la fase de expulsión, agotadora. Mientras observaba cómo salía la cabeza del bebé, la razón se hizo aparente: una coronilla más grande de lo habitual que tiraba de cada centímetro de piel de la mujer y de su espíritu para nacer. Con la bebé finalmente en los brazos de su madre, todos lo vimos: una cabeza hinchada y desproporcionada, con unos ojos protuberantes bajo un entrecejo prominente. Uno de los ojos lechoso y opaco, ciego, y el otro hundido, probablemente carente también de visión. En comparación, el cuerpo era escuálido, como si la cabeza se hubiese tragado toda la energía que la madre había invertido en el embarazo. Y lo único que esta dijo fue: «¿No es maravillosa?»». La abuela también arrullaba a la nueva vida, satisfecha con lo que Dios les había dado.

La belleza nunca se había asentado tan firmemente en el ojo de un espectador como en ese nacimiento. Solo había imaginado que la madre habría derramado lágrimas a solas pensando en el futuro perdido de su preciosa hija o especular sobre cuánto tiempo habría sobrevivido la pequeña. Pero estaba más segura de que todos los bebés eran preciosos para alguien, de que no teníamos el derecho de jugar a ser jueces, jurados o Dios. Nunca. Decidí con firmeza que no sería cómplice. En el caso de que ocurriera, encontraría la manera..., aunque no sabía cómo.

Justo un mes después, Alemania entraba en guerra con Europa, y enseguida se puso a prueba el entramado de toda una nación.

### 3

## El exterior

Un frío distinto en el aire me despertó. Era de noche y todavía estábamos viajando. El gran motor seguía ronroneando sin cesar y unas cuantas luces salpicaban el camino en las pocas casas donde las acababan de encender. Estaba desorientada y no tenía ni idea de en qué dirección íbamos, pero supuse que estábamos subiendo las montañas poco a poco. El aire me parecía diferente; tenía un deje cristalino y un sabor que recordaba a las vacaciones familiares.

Estaba sorprendida. Había dado por hecho que estaríamos en Berlín, en Múnich o en cualquier otra ciudad industrial, en dirección a algún hospital de maternidad privado, donde las mujeres de los oficiales nazis y hombres de negocios leales estarían llevando a cabo sus tareas. A las mujeres de Alemania les habían encomendado que procrearan la siguiente generación como parte de su «servicio militar». Antes de que me desahuciaran, los carteles podían verse en cada esquina de las calles de Berlín, en los que se animaba a alistarse a filas: mujeres rubias sonrientes con los brazos alrededor de sus fuertes polluelos arios, listos para servir al Reich como pienso nutritivo para las tropas. Era su deber, y no lo cuestionaban. ¿O sí? No se podía saber, puesto que las mujeres alemanas leales al régimen no expresaban su opinión.

El sargento se sobresaltó cuando me moví y cuadró los hombros automáticamente. Le habló al aire.

–Llegaremos pronto, Fräulein. Deberías estar preparada.

Estaba sentada con mi vestido harapiento y no tenía nada más que recoger, pero aun así asentí. Tras unos minutos, giramos a la izquierda y cruzamos una verja de hierro para subir lentamente por un camino largo de grava que crujía bajo el vehículo. En la cima había un chalé enorme con el porche iluminado por un

resplandor que venía de dentro. El estilo era inconfundiblemente alemán, aunque en ningún caso rústico, con columnas talladas que soportaban la gran veranda que rodeaba toda la casa. Unas sillas de madera y unas mesas pequeñas estaban dispuestas para poder apreciar las vistas a la montaña.

Durante un breve instante, pensé que habíamos llegado a Lebensborn, el centro semioculto de crianza donde Heinrich Himmler llevaba a cabo su sueño racial utópico, y que mi tarea sería salvaguardar las vidas de los bebés arios de mujeres embarazadas escogidas o de las esposas de los oficiales de las SS. Pero el edificio parecía ser la vivienda de alguien, aunque fuera monumental y desmesurada. Medité sobre qué tipo de esposa nazi podía vivir allí, cuán importante tenía que ser para haber captado la atención del gabinete del Führer y la promesa de tener su propia comadrona.

La imponente puerta de madera se abrió justo cuando nos detuvimos y apareció una mujer. No estaba ni embarazada ni era la señora de la casa, puesto que iba vestida como una criada con un corpiño colorido y un vestido *dirndl*. Trastabillé un poco al salir del coche, con las piernas entumecidas por la comodidad extrema. La criada bajó los escalones con una amplia sonrisa y me extendió la mano. Su vaho blanquecino golpeó el frío aire, pero su bienvenida era cálida. Ese día se estaba haciendo más estrambótico por momentos.

–Bienvenida, Fräulein –dijo, con un marcado acento bávaro–. Por favor, entra.

Me llevó hacia un vestíbulo opulento con lámparas decoradas que resaltaban los retratos en marcos cubiertos de oro, Hitler en un lugar prominente encima de la brillante chimenea; había visto más fuegos de bienvenida en ese único día que en todo el tiempo que había estado en el campo. Seguí a la criada como un perrito por una puerta que salía del vestíbulo y descendimos en lo que claramente eran los aposentos de los sirvientes. Varias cabezas se giraron hacia mí cuando entré en una sala amplia, sus ojos juzgadores mientras la criada me guiaba a lo largo de un pasillo hasta llegar finalmente a una pequeña habitación.

—Aquí —me indicó—. Dormirás aquí esta noche antes de ver a la señora por la mañana.

Me quedé atónita, como una niña a la que le ponen delante un pastel de cumpleaños mágico. La cama tenía un colchón de verdad y colcha, con un camisón limpio doblado sobre una mullida almohada. Podía ver un cepillo encima de un pequeño armario, junto a una pastilla de jabón y una toalla limpia. Era una visión de ensueño.

La criada se volvió a dirigir a mí.

—La señora indicó que te diéramos... —se detuvo, corrigiéndose—, que te ofreciéramos un baño antes de cenar. ¿Te parece bien, Fräulein?

Era un misterio qué versión habrían contado para dar explicación a mi aspecto desaliñado: mi pelo oscuro había vuelto a crecer y mis dientes estaban intactos, pero mi apariencia era cualquier cosa menos saludable. Esa criada o bien desconocía mis orígenes, o bien lo disimulaba perfectamente.

—Sí, sí —conseguí responder—. Gracias.

La criada se fue por el pasillo y el sonido del agua corriente me llegó a los oídos. ¡Agua caliente! ¡Del grifo! En el campo había sido un bien escaso, fría y extraída con una bomba de un pozo sucio. No podía despegar los ojos de la pastilla de jabón, como si fuera maná caído del cielo y pudiera darle un bocado en cualquier momento, como Alicia en el país de las maravillas.

Me senté con cautela en la cama, notando cómo mis huesos se hundían en el material suave. Nunca imaginé que volvería a pasar una noche bajo sábanas limpias. La criada, que se presentó como Christa, me llevó al cuarto de baño, cerró la puerta y me permitió tener mi primer momento real de soledad desde hacía dos años. A pesar de los sonidos de la casa a mi alrededor, era un silencio inquietante y el espacio a mi alrededor se cernía sobre mí, claustrofóbico. No había nadie que me tosiera cerca, succionando mi propia respiración, no estaba Graunia moviendo sus huesos para ajustarse a los ángulos de la carne que me faltaba. Estaba sola. Y no estaba segura de si me gustaba.

Me quité el vestido raído y mi ropa interior casi se desintegró

cuando tocó el suelo. El vapor se elevaba en bucles por encima del agua, y metí la punta de un pie, casi temerosa de entrar, por si una sensación física real podía romper aquel intrincado sueño.

Cuando me sumergí en esa placentera calidez, malgasté unas preciadas lágrimas saladas, por más que hubiera agua de sobras. Cuando habías visto tanto horror, destrucción e inhumanidad en un solo lugar, las cosas más simples eran las que rompían tu determinación y te recordaban que había amabilidad en el mundo. Un baño caliente era una parte de mi infancia, pero especialmente de cuando estaba congestionada por un resfriado o atormentada por la tos. Mi madre me preparaba el baño y se quedaba sentada mientras me hablaba o cantaba y me limpiaba el pelo y me envolvía en una toalla suave antes de meterme en la cama con una bebida caliente y calmante.

Intenté con todas mis fuerzas no pensar en ninguno de ellos, mientras nadaba en ese entorno extraño, pero tenía la esperanza por encima de todo de que no estuvieran en el infierno que yo acababa de dejar atrás. Unos sollozos violentos zarandearon mis músculos consumidos, hasta que me quedé seca por dentro.

Cuando hube acabado las lágrimas, examiné mi cuerpo por primera vez desde hacía una eternidad; no había espejos en el campo, y el frío significaba que rara vez nos desvestíamos. La visión me dejó conmocionada. Conté las costillas a través de la piel apergaminada y vi que los músculos de los brazos que había desarrollado por el trabajo en el hospital ahora estaban flácidos y macilentos y los huesos de mis caderas salían protuberantes por debajo de mi piel.

¿Dónde había desaparecido? ¿Dónde había ido la antigua Anke?

Tuve que frotar a conciencia con la gloriosa pastilla de jabón para eliminar las varias capas de suciedad, y dejé el agua gris cuando salí de la bañera, donde pequeños cadáveres negros de insectos flotaban en la roña que me había quitado de encima. Christa me había dejado una bata fina, y evité a propósito mirarme al espejo. Con indecisión, des hice el camino por el pasillo con pasos ligeros con los pies descalzos pero limpios.

Más tesoros me aguardaban en la habitación. Había ropa interior colgada sobre la silla, junto a una falda, medias y un jersey. También una camiseta interior pero ningún sostén, aunque ya no me quedaba nada que sujetar, con casi el aspecto de una adolescente en la pubertad en un cuerpo desarrollado prematuramente. Pasados unos minutos, Christa vino con un plato de carne glaseada y patatas y zanahorias como acompañamiento del color del sol de última hora de la tarde. El hambre era una sensación constante, y no me había dado cuenta de que no había probado bocado en todo el día.

–Te dejo tranquila –me dijo, con una sonrisa dulce y natural–. Te traeré el desayuno por la mañana y la señora hablará contigo después de eso.

Mi instinto me apremiaba a devorar el plato con glotonería y atiborrarme de esas preciadas calorías, pero sabía lo suficiente de mi interior muerto de hambre como para predecir que, si quería retener la comida y no vomitarla al instante, tenía que deglutirla poco a poco. Mastiqué y saboreé cada trozo, sintiendo cómo se amoldaba en mi interior. Una o dos veces, mi garganta se atragantó sin control ante aquella exquisitez, y respiré hondo, desesperada por tragar.

La carne, cocinada a fuego lento, me trajo recuerdos de los tiempos antes de la guerra, de las comidas que preparaba mi madre por los cumpleaños: carne de res a la cerveza alemana. Sintiéndome culpable, tuve que dejar un tercio del plato sin acabar. Con nada más con lo que entretenerme, me tumbé en la cama con el pelo húmedo sobre la mullida almohada, impregnándome del olor del jabón de la ropa, y me quedé dormida de inmediato.

La luz que se filtraba por la pequeña ventana señalaba que despuntaba el día, y moví el hombro lentamente, como había hecho cada día en los pasados meses. El somier de madera de la cama del campo me había causado unas irritaciones dolorosas en los hombros, y levantarse exigía hacerlo con cuidado para evitar que se me desgarrara la piel y se me pudiera infectar la herida. Solo cuando noté que la piel se me hundía en el suave algodón me acordé

de dónde estaba. Incluso entonces me llevó un rato convencer a mi soñoliento cerebro de que no me encontraba perdida en una fantasía.

El ruido de una casa que estaba ya en pleno bullicio reptaba por las paredes y me fui de puntillas al baño, sintiendo la inevitable batalla en mi interior entre la inanición y la hinchazón del estómago. Christa se dirigía a mi habitación cuando regresé, con una pequeña mirada de sorpresa, como si me hubiera perdido durante un instante. Como si pudiera escaparme.

–Buenos días, Fräulein –me dijo, dirigiéndose a mí como si fuera una huésped de verdad. Le había cogido afecto, mayormente porque me había tratado como a un ser humano, y porque me había traído más comida. Su pelo rubio estaba recogido en un moño apretado que hacía que sus pómulos prominentes parecieran más altos y sus ojos verdes brillaran.

–Lo siento, no fui capaz de acabarme la cena –me disculpé, mientras miraba las sobras–. No estoy acostumbrada...

–Ningún problema –zanjó con una sonrisa. Claramente el personal tenía sus suspicacias, sea lo que fuere que les hubieran contado. Me llevó bastante tiempo acabarme los huevos y el pan que había en mi plato, con unas yemas del mismo color que los girasoles gigantes que se mecían en el jardín de mi madre. Esos recuerdos, que había mantenido cuidadosamente a raya en el campo, de pronto volvían poco a poco. Me obligué a tragar la proteína en mi organismo, que ya estaba saturado. Christa me esperaba en la puerta mientras me metía a la fuerza la última cucharada.

Me llevó al piso de arriba a una sala grande, dotada de grandes ventanales en tres de sus paredes, la vista del bosque en una y montañas en las de enfrente. Era lo suficientemente espaciosa como para albergar varios sofás de piel de un diseño alemán austero, con mesitas auxiliares de madera oscura y unos pequeños ornamentos ostentosos horribles. El inevitable retrato del Führer se alzaba imponente por encima de la vasta chimenea, que producía una suave crepitación caliente más que un rugido.

Una mujer estaba sentada en una de las voluminosas butacas y se puso de pie cuando entré. Alta, delgada y elegante, su pelo rubio peinado hacia un lado, de ojos azules claros y un mohín coloreado con pintalabios rojo rubí. Arreglada y muy alemana. Obviamente tampoco estaba embarazada.

–Fräulein Hoff, bienvenida a mi casa. –Solo me dedicó una sonrisa forzada; estaba claro desde un comienzo que la situación era un acuerdo, uno con el que ella no estaba para nada contenta–. Me llamo Magda Goebbels, y me solicitó una muy buena amiga que encontrara a alguien con su experiencia que la pudiese ayudar.

Con la mera mención a su nombre, descubrí por qué me habían tratado tan bien. Frau Goebbels era el epítome de la mujer alemana, casada con el ministro de Propaganda y madre de siete perfectos especímenes arios, un claro modelo para aquellos carteles entusiastas. Puesto que el Führer no tenía esposa, a menudo salía a su lado en los noticiarios cinematográficos y las fotos en los años antes de que me arrestaran. Era la nazi perfecta, aunque fuera una mujer, apodada por los columnistas como la «Primera Dama Alemana».

Siguió hablando de manera práctica.

–Conozco su reputación, su experiencia en el trabajo y su... situación.

Me di cuenta de que siempre había una pausa cuando se mencionaba la amenaza a mi familia. ¿Era vergüenza o solo un leve bochorno? Para unas personas que infligían crueldad con tanto descaro, los nazis parecían casi avergonzados de llamarlo chantaje.

Continuó, imperturbable:

–Sé que puesto que su trabajo ha sido tan variado, se preocupa de verdad por las mujeres y los bebés en cualquier situación. Solo puedo confiar en que hará lo mismo por mi amiga, que necesita ayuda. –Se quedó callada, invitándome a responder.

–Siempre mostraré todo mi empeño para conseguir el mejor resultado por cualquier mujer –dije, haciendo una pausa deliberadamente–. Sea quien sea.

Lo creía de verdad. Las normas de mi aprendizaje como coma-

drona no discriminaban entre ricos y pobres, buenas o malas, delincuentes o buenas ciudadanas; todos los bebés nacían del mismo modo llegado el momento y merecían la oportunidad de vivir. Eran el tiempo, los meses y los años de después los que los fracturaban en un mundo desigual.

Entendió mis palabras y juntó las manos delante del cuerpo, con unas uñas con una manicura perfecta.

–Bien. Pasará el día de hoy preparándose, y entonces viajará para conocer a su nueva clienta mañana. –Dijo la palabra «clienta» como si yo fuera una profesional privada a punto de aceptar una tarea que hubiera escogido libremente. Me pregunté entonces cuánto y cómo de profundo tenían asimiladas las mentiras. Si se creían de verdad su propia propaganda. ¿De verdad la aceptaban?

Me quedé callada, negándome a calificar su oferta con ni siquiera un «gracias». Pero la señora no quería dejarlo estar.

–Debería tener muy presente que esta es una buena oportunidad para usted, Fräulein Hoff. A muchas no les sería confiada una tarea tan importante. Tenemos la sensación de que priorizará su tarea como comadrona, sean cuales sean sus ideas políticas.

Se estaban arriesgando, pero probablemente tenían razón. Yo no era ninguna santa, pero me tomaba mi trabajo seriamente. Las madres estaban embarazadas para tener bebés saludables, y los bebés tenían el cometido de sobrevivir, al menos en la mayoría de los casos. Esa era la regla de oro.

Estaba dando la vuelta para irme, cuando vi una figura fantasmal que pasaba por la puerta.

–¿Joseph? –llamó la señora por detrás de mí–. Joseph, ven a conocer a la comadrona que hemos conseguido.

Un hombre bajo vestido con un traje oscuro avanzó hacia mí con una leve cojera, se detuvo y chocó los talones de una manera automatizada. No era un ario, pero su rostro salía a menudo en los diarios que mi padre había leído minuciosamente durante los días previos a nuestra desaparición. Joseph Goebbels, uno de los hombres de confianza de Hitler, maestro en tergiversar la verdad, embellecer las mentiras y embaucar a los alemanes buenos y hones-

tos. ¿Acaso no era Goebbels el que había declarado: «La misión de las mujeres es ser bonitas y traer hijos al mundo»? Recuerdo a mi hermana Ilse y yo riéndonos ante esas palabras, pero en ese instante que tenía a su mujer delante, entendí por qué se imaginó que podía ser una realidad.

–Fräulein Hoff, es un placer conocerla.

Me dedicó esa media sonrisa que los oficiales del Tercer Reich claramente practicaban en su entrenamiento, diseñado para que fuera más bien una amenaza, con sus dientecitos puntiagudos apenas visibles. Era insultantemente delgado, con el pelo oscuro engominado hacia atrás y las mejillas hundidas. Si a Himmler –la mano derecha de Hitler– lo calificaban como la rata de los altos mandos del Reich, entonces Joseph Goebbels era la comadreja perfecta. Para su esposa, la atracción debía de haber ido más allá del aspecto físico. Sentí un escalofrío inmediato al ver que se sabía mi nombre.

Se dirigió a su mujer.

–¿Están los preparativos en marcha?

–Sí, Joseph –respondió ella con una clara irritación.

–Entonces me despido de vosotras. Espero que cuiden bien de usted, Fräulein Hoff.

Se marchó mientras su mujer tenía la vista clavada en su espalda y los labios apretados. Tal vez fuera preciosa y una reproductora copiosa, pero tenía la sensación de que Frau Goebbels era algo más que una cara bonita.

Acabada la entrevista, Christa apareció en el umbral de la puerta para llevarme de nuevo a los aposentos de los sirvientes. El «estar preparada» consistía en que tuviera un aspecto presentable para mi misteriosa clienta, una tarea encomiable para llevarla a cabo en un solo día. Christa llevaba fenol para arremeter contra los huevos de las ladillas que tenía incrustados entre los mechones de mi pelo fino. Trabajaba con alegría, hablando con cariño sobre su familia que vivía cerca de Colonia, y aunque pasó por alto las dificultades de la guerra, era evidente que las familias trabajadoras alemanas de verdad también estaban sufriendo. Su hermano ya había caído

en combate, ciego y devuelto del frente este, con lo que su padre tenía que apañárselas para sacar adelante la granja familiar sin los músculos de un hombre joven. Hizo solo una pequeña alusión a su desdén por el Reich.

Había sido ayudante de enfermera antes del conflicto, en un hogar para mujeres mayores. Una parte de los cuidados, dijo Christa, consistía en peinar sus escasos cabellos en algo que fuera vistoso; eso funcionaba mucho mejor que cualquier medicina. Cuando me hubo sacado las últimas liendres de la cabeza, obró milagros con unas tijeras y una plancha caliente, haciendo que pareciera que había doblado el volumen de mis debilitados mechones y escondiendo mi cuero cabelludo descascarillado con destreza. Apenas me podía reconocer en el espejo, sin haberme mirado el propio rostro desde lo que me parecían años. Había envejecido notablemente, arrugas alrededor de los ojos, mejillas chupadas y pequeñas venas rojas que sobresalían en las zonas donde se marcaban los huesos de mi calavera, pero los esfuerzos de Christa amortiguaron la conmoción. Igual que había hecho con mi cuerpo, elegí no afligirme por la imagen.

Christa trajo varios vestidos y faldas, sencillos y prácticos, de los armarios de las antiguas gobernantas o amas de llaves; medité solo un instante cuántas se habrían ido de la casa envueltas en la sombra de la muerte. En el campo, registrábamos con avidez los cadáveres en busca de ropa útil sin pensarlo dos veces. «Los muertos no tiemblan de frío», decíamos, para justificar nuestra culpa. Se aceptaba para sobrevivir. Así que, en ese momento, no me estremecí mientras me ponía unas medias ásperas, que para mí eran como si estuvieran hechas de seda, y me abotonaba una blusa que no haría que se me irritara la piel por estar infestada de bichos. Me quedaba holgada, pero Christa recortó e hizo dobladillos y se llevó las prendas para devolvérmelas al cabo de unas horas con los arreglos pertinentes.

Hacia el final del día, un visitante inesperado apareció en mi puerta. Christa notó que me tensaba cuando vi su pequeño maletín

negro, su cabeza que clareaba y las gruesas gafas. La gobernanta se apresuró a hablar, para tranquilizarme y asegurarme de que no se trataba de una caricatura del Doctor Muerte.

–Fräulein Hoff, este es el doctor Simz. La señora le ha pedido que le haga una revisión antes de su viaje mañana.

El doctor Simz tenía el doble papel de médico y dentista y examinó todo mi cuerpo de la cabeza a los pies. Me dio un bálsamo para las irritaciones más visibles de la piel y aseguró que mis pulmones «resollaban un poco», pero que no estaban infectados y que para su sorpresa mis dientes estaban en buenas condiciones. No retrocedió al verme las costillas o mis pechos lamentables y trabajó metódicamente para comprobar que no suponía ninguna amenaza para la clienta que me habían propuesto. Sus murmullos asertivos me decían que estaba preparada.

Serviría.

Dormí inquieta esa noche, a pesar de la lujosa cama. Pensé en Rosa, pasando frío y vulnerable, en todas las mujeres del barracón de maternidad, en mi propio barracón, y en Margot, embarazada de ocho meses a la que apenas se le notaba que iba a ser mamá. Su barriga era pequeña, pero el feto había succionado cada partícula nutritiva de su necesitado cuerpo de todos modos. Llegado el día, le arrebatarían la energía, la vida y el bebé de un solo golpe, y Rosa tendría que lidiar con los restos físicos, así como con el lamento profundo y vacuo de Margot, que se elevaría desde el barracón mientras llorara la vida y la pérdida de su bebé. Y allí estaba yo, durmiendo casi rodeada de lujos. «Injusto» ni siquiera empezaba a describir la lotería en la que vivíamos, moríamos o simplemente existíamos.

Tomé mi última comida en aquella casa con Christa, que había sido prácticamente mi único contacto desde que llegué. En tan poco tiempo, habíamos entablado una pequeña amistad; reconocía en ella un espíritu que me decía que estaba allí solo para sobrevivir y por su familia, y descubría en aquellos jóvenes ojos verdes que no era uno de ellos. Era una supervivencia de un tipo distinto a la

mía, pero supervivencia al fin y al cabo. Tal vez hubiera más como nosotras de lo que imaginábamos, simplemente aguantando lo mejor que podíamos.

Pero ¿era suficiente? ¿Era lo correcto?